

Canale~Etcheves~Freijo



DE FUEGOS
Y FLORES

Historias de poder,
pasión y muerte

Florencia Canale
Florencia Etcheves
Florencia Freijo

DE FUEGOS Y FLORES

Historias de poder, pasión y muerte

 Planeta

Índice

PARTE I

Aquellas malas lenguas

(Florencia Freijo)

1. Clorinda Sarracán, la condenada
(Florencia Etcheves) 23
2. Camila O’Gorman, la desafiante
(Florencia Canale) 37
3. Juana de Castilla, la «Loca»
(Florencia Canale) 49
4. Artemisia Gentileschi, la denunciante
(Florencia Freijo) 61
5. Damasita Boedo, la vengadora
(Florencia Canale) 71
6. Margarita Di Tullio, la pistolera
(Florencia Etcheves) 83

PARTE II

Las que aman, las que odian

(Florencia Freijo)

7. Remedios de Escalada, la infiel
(Florencia Canale) 109
8. Frida Kahlo, la dolorosa
(Florencia Etcheves) 119
9. Agatha Christie, la dama del crimen
(Florencia Freijo) 131
10. El sexo de las mujeres, ese supuesto poder
(Florencia Freijo) 143
11. Madame Périchon, la libertina
(Florencia Canale) 157
12. Mata Hari, la fascinante
(Florencia Etcheves) 167

PARTE III

¿Qué es ser una mujer poderosa?

(Florencia Freijo)

13. Whitney Wolfe Herd, la fundadora
(Florencia Etcheves) 193

14. Encarnación Ezcurra, la mandataria (Florencia Canale)	205
15. Las beguinas, sororas de la Edad Media (Florencia Freijo)	215
<i>Epílogo</i>	229

PARTE I

Aquellas malas lenguas

(Florencia Freijo)



*Prefiero una libertad peligrosa
a una servidumbre tranquila.*

MARÍA ZAMBRANO ALARCÓN

¿Quiénes contaron la Historia? ¿Quiénes contamos la Historia? ¿Quiénes somos cuando nos definen, cuando nos narran? ¿Qué dice el mundo de nosotras, las mujeres? Y, sobre todo, ¿qué se ha elegido no contar?

Resulta al menos llamativa la cantidad de libros que proliferaron en estos últimos tiempos sobre lo que conocemos como «la historia de las mujeres». Biografías, cuentos para niñas, mujeres en la historia del arte, mujeres en la tecnología. Mujeres por todos lados. Pero ¿estos libros están realmente dialogando con lo que conocemos como Historia Universal? ¿Aportan realmente a conocer la Historia como un todo? ¿Por quiénes son leídos? ¿Son libros que condensan la voz de las mujeres, sus contextos y logros? ¿Estos libros son recibidos en las academias o institutos educativos? ¿Se incorporan a la producción y reproducción del conocimiento y aprendizaje para todas o todos? ¿O son libros escritos por mujeres, que buscan ser leídos solo por mujeres?

Lamentablemente la —mal llamada— «historia de las mujeres», nos plantea una situación: nuestras voces siguen sin amalgamarse al discurso colectivo, solo llegan a quienes con intención salimos a buscarlas. Una historia reservada para nosotras, pero que parece se escinde de la historia universal.

Existe una idea muy potente, y socialmente acordada de manera tácita: la idea de que las mujeres estamos construyendo y aportando a los acontecimientos históricos de forma muy reciente, digamos en los últimos setenta años. Pero en esta lectura faltan al menos unos 10.000 años de historia. Hoy sabemos, por ejemplo, que las mujeres también cazaban, o que la primera representación de una imagen religiosa fue femenina. Gracias a los avances de la neurociencia, se descubrió que el tamaño del cerebro —algo que se utilizó para justificar la supuesta inferioridad cognitiva de las mujeres— no tiene nada que ver con la inteligencia y las conexiones-mapeo neuronales. También se descubrió que hemos tenido un rol activo en los primeros intercambios pseudo comerciales que se hacían en comunidades del neolítico tardío, que en la Edad Media trabajábamos, que formamos parte de todos los procesos bélicos existentes, y que, de hecho, en la Primera y Segunda Guerra Mundial formamos parte de la carrera armamentista, del sector de las telecomunicaciones, y que incluso fuimos reclutadas como espías. Llegamos a la Luna y —volvimos a salvo— gracias a las proezas de una matemática, Katherine Johnson. Y así,

vastos ejemplos, que siguen sin reconocerse, siguen siendo datos que no forman parte del saber colectivo como un todo.

A las mujeres se nos ha ignorado como figuras de autoridad y trascendencia, y en ciertos momentos históricos fue muy agudo el silenciamiento y el descrédito hacia nuestras «malas lenguas» para definir a las mujeres que hablaban.

Se ha considerado desde la Antigüedad que las mujeres guardamos en nuestras bocas el veneno que encarna el desorden, y por esa razón nuestras producciones han merecido el olvido, la censura y la cancelación. Representaciones en el arte, en la mitología y en las leyendas cotidianas lo señalan: una mujer que pone límites con su voz, tiene lengua de serpiente, y por ende es venenosa.

Dentro de esos momentos donde nuestra participación en la historia fue borrada, podemos encontrar como ejemplo los textos que deciden recuperarse después del incendio de la biblioteca de Alejandría. Esta recuperación no tendrá en cuenta las producciones de las mujeres filósofas, matemáticas o dramaturgas. El sexismo que crecía a la par del desarrollo de cristianismo, y de una vida monástica, terminó por invisibilizarnos de un soplido como filólogas. Existieron prohibiciones sistemáticas: a que pudiéramos discutir en público —en las famosas querellas públicas— o a que publicáramos nuestras ideas en libros.

Fuimos perseguidas, detenidas, quemadas, torturadas, por dedicarnos a la filosofía, la medicina, o rebelarnos a lo impuesto desde la Edad Antigua a la Edad Media.

La prohibición de producir, trabajar y además manejar dinero se acrecienta hacia el siglo XVIII y XIX —algo que ya tenía un antecedente con la caída del sistema feudal—, también el impedimento al acceso a la educación formal y a las universidades. Si llegábamos a lograrlo, no podíamos ejercer ciertas profesiones. Podemos sumar a todo esto, a partir de los años 50 del siglo XX, la construcción de narrativas de la industria publicitaria sobre una naturaleza femenina cuasi estúpida. La cantidad de ejemplos que podemos encontrar son notorios, atraviesan los principales momentos de la humanidad, y, sin embargo, siguen sin estar presente en los libros de historia.

Parece que dentro de los requisitos que tenemos las mujeres para trascender, haber sufrido en el camino es una condición necesaria. Es más, muchas veces la trascendencia solo se da si ese camino representó una abnegación infernal a un ideal que desafiaba la época. Y la gloria y el reconocimiento que podemos obtener, en todo caso, llega cuando ya no estamos para verlo. Solo merecen el panteón del estoicismo las que se sacrificaron. ¿Cuánto tiempo tuvo que pasar para que solo algunas sean tenidas en cuenta? El suficiente para que sus vidas ya hayan sido olvidadas y tampoco estén presentes en los libros. Por dar un ejemplo: ¿cuántas personas conocen que la famosa actriz Hedy Lamarr, en la Viena de principios del siglo XX, desarrolló

tecnologías que nos permitieron desplegar comunicaciones inalámbricas como el GPS y el WIFI? Pocas, muy pocas.

Las «malas lenguas» de todas estas mujeres serán llevadas a la Historia, solo si otras «malas lenguas» deciden sacarlas del claustro donde se nos ha encerrado. Si para que encuentren reconocimiento hay que ir a buscar sus historias, el camino se hace más difícil. Porque lo que da forma a la cultura no está solo en los libros o en las artes, sino en aquello que hacemos diariamente, en aquello que nos atraviesa sin siquiera estar pensando. ¿Cómo logramos que sus historias estén presentes si somos invisibles en todos los espacios, incluido el espacio público?

El espacio público, donde converge la historia y la cultura, nos educa cada vez que salimos a la calle. En este sentido, veamos un ejemplo. Una ciudad como Barcelona en la actualidad cuenta con poco más de 168 estatuas de hombres y solo 14 de mujeres. En el Reino Unido, de 925 estatuas, únicamente 158 son de mujeres, lo que supone un 15% del total nacional. De estas 158 estatuas, la gran mayoría es de miembros de la familia real —hay 19 solo de la reina Victoria—, de la Virgen María —que tiene 14— o de personajes míticos y alegóricos,¹ es decir, de mujeres inventadas. En la ciudad de Buenos Aires, solo el 5% de

1. Lara Gómez Ruiz, «¿Por qué hay tan pocas estatuas de mujeres en el mundo?», diario *La Vanguardia*, Barcelona, 3 de junio de 2018. <https://www.lavanguardia.com/cultura/20180603/443970832152/pocas-estatuas-mujeres-mundo.html>

sus monumentos representan a mujeres. Existen cerca de 2.233 estatuas a lo largo y ancho de la urbe y 112 son en honor a mujeres históricas, donde Eva Perón tiene, al menos, 7 monumentos erigidos en su nombre.

Ha sido la lengua de las mujeres —su uso para poner límites— o las lenguas que han hablado de nosotras quienes inauguraron una «mala reputación» en cómo se han contado nuestras historias. Historias que en muchos casos nos han llevado a la hoguera simbólica del olvido, o al destierro de los laureles de nuestros logros. En ese sentido, las historias que elegimos para este libro no son aleatorias. Ninguna de ellas tiene finales felices o fáciles de narrar. Pero, además, que estas historias llegaran a hoy llevó décadas a quienes, con perspectiva de género, han podido reconstruirlas sobre esos huecos que quedaban en historias digitadas para que respondieran a un arquetipo.

En una primera parte, nos encontramos con tres historias, entre ellas las de Camila O’Gorman y Juana de Castilla, la mal llamada «Loca». Hemos elegido estas historias por una misma variable, aunque existan saltos temporales: el destierro social que sufrieron sus protagonistas por rebelarse al poder, y que pagaron con sus vidas. Ya sea la muerte real o simbólica, porque no les quedó otro remedio que optar por un papel en las sombras para sobrevivir. Debieron apagar sus logros, su voz, para adaptarse a un

entorno que las vigilaba para que no osaran ser algo más que lo establecido.

Algo realmente valioso les fue arrebatado a estas mujeres: sus pasiones. Morir o matar para que sus deseos sigan curso, algunas solo tuvieron esa opción. Desmembrarse entre lo que debían amar y lo que en realidad amaban: Camila y Juana pagaron un precio altísimo por amar y con ese amor desafiar al poder.

Estas historias tienen otra cosa en común: como en el caso de Clorinda Sarracán, sus corazones siguieron el camino «equivocado» ¿Fueron culpables por amar a los hombres equivocados? ¿O esos hombres las arrastraron a la condena que sufrieron?

En estas primeras tres mujeres vamos a conocer a quienes, guiadas por sus pasiones, atravesaron los caminos de las malas lenguas y fueron sepultadas en la deshonra: a una de ellas se la llevó al fusilamiento, a otra al encierro y a otra al duro camino del olvido.

A continuación, nos encontraremos con otras tres mujeres que también decidieron desafiar la ley del padre, y aunque sepultadas en la deshonra de reputaciones hechas añicos, a su manera decidieron vengarse. Son aquellas que jugaron el papel de «malas» y alzaron la voz de la denuncia como arma, o las armas como supervivencia. Y no es que estemos haciendo alarde de las conductas delictivas, sino que conocer a quienes se animan a desenfundar un arma, a quienes se rebelan ante la idea de que las mujeres jamás deben ejercer la violencia, merece sin duda un capítulo

aparte. No conocemos mucho de las mujeres que han decidido ejercer la violencia como forma de escape. ¿Será que existieron pocas mujeres así? ¿O será que si corriera la idea de que las mujeres también podemos vengarnos, el mundo sería un lugar más peligroso para quienes han tenido la oportunidad de usufructuar todo lo que esta sociedad nos ha exigido?

Aquí también conoceremos a Artemisia Gentileschi, madre del movimiento pictórico barroco. Tal vez no tuvo su venganza soñada, pero nunca lograron apagar su pasión ni sus virtudes. Desafiante desde muy joven, decidió utilizar su «mala lengua» para gritar una injusticia que la tuvo como víctima. Luego, nos sumergiremos en la historia de Damasita Boedo, nuestra vengadora de película. La que montó el escenario, contexto y ocasión ideal para que su venganza servida en plato frío definitivamente fuese solapada de manera tal que quedara indemne ante la historia. La que, aunque apasionada por el verdugo, llevó su plan hasta el final. Damasita, la que incluso embriagada de una pasión que no pudo contener, logró poner su mente frente a su corazón —una narrativa a la cual no estamos acostumbradas y acostumbrados a escuchar de las mujeres— para ejecutar su plan perfecto. ¿Y las mujeres de ahora, las que pueden gozar de otras concesiones? Tenemos acá a una protagonista de armas tomar: Margarita Di Tullio, más conocida como Pepita, la pistolera. De perfil alto y con varios conflictos ante la ley en su haber, acató poco o nada de lo que se esperaba de ella como mujer.

Tres mujeres que, incluso atravesando el camino de la mala reputación y del peligro, decidieron imponer su propia ley, su propia verdad, escribir el final de sus historias a su manera con una pluma de sangre donde eligieron cuándo se escribía el último punto.

No son pocas las mujeres que en la actualidad sufren los mismos escarnios, con consecuencias no menores hacia sus vidas. Tal vez te encuentres dentro del negocio familiar un poco como esa Juana engañada para no reclamar la herencia. Tal vez seas como Clorinda, queriendo vivir un amor que no es el esperado, porque el contexto te llevó a estar en pareja por supervivencia. Algunas lectoras se verán en esa Artemisia que denuncia, o en Damasita que da muerte —incluso simbólicamente— a un amor que le hizo mal.

¿Qué pasa cuando no somos lo que se espera de nosotras? ¿Qué pasa cuando decidimos usar nuestra voz? ¿Qué pasa cuando reclamamos nuestro poder, nuestro lugar? Cualquiera sea la historia que te convoque de esta primera parte del libro, cualquiera sean los recuerdos de tus propias vivencias o de las mujeres que conozcas, esperamos que la trascendencia de nuestras protagonistas te invite a reflexionar sobre aquellas presiones sociales que persisten al día de hoy, que son un peso que nos acompaña en cada paso y que, por supuesto, desaceleran nuestro avance.